

## LA IZQUIERDA ANTE LAS ELECCIONES

de la derecha se van a volver contra ella en los dos casos, aunque sean simétricos como queda dicho. Son dos regímenes presidencialistas. En Francia, la izquierda puede llegar a ganar las elecciones —difícilmente a conquistar una mayoría absoluta por virtud de la ley electoral que la desfavorece— y tener una decisiva influencia sobre la Asamblea, pero el Presidente seguirá siendo Pompidou, como en Chile puede ganar —fácilmente— la derecha y continuar siendo Presidente Allende. Se provocan crisis institucionales. Pompidou ha dado a entender en sus últimas declaraciones que piensa elevar esa crisis al máximo. Es decir, si la Asamblea es contraria a su color político, piensa disolverla y convocar nuevas elecciones generales, enfrentando al país con un caos o un supuesto caos: el de su dimisión. En ningún caso piensa gobernar con la izquierda, sea cual sea el resultado electoral. En Chile, Allende también está decidido a mantenerse, aun cuando no alcance el tercio de la Asamblea que le es necesario. Y la derecha anuncia que en ese caso, aunque la figura presidencial no esté en juego en estas elecciones, está dispuesta a desalojarle del poder. En este caso, el riesgo es de guerra civil.

### ¿«Cambio de era»?

La aproximación de la izquierda al poder por vía electoral tiene siempre estos riesgos: de que se la desaloje por otras vías o se apuren los términos legales hasta convertirlos en maniobras. Una maniobra muy posible en Francia es la del propio partido socialista. Hasta tal punto está en estos momentos convencido de su supremacía electoral, que bien podría desentenderse de los comunistas, aun después de una victoria en el segundo turno, para aliarse con los reformadores —el centro—.

La importancia teórica de estas elecciones, unida a las que recientemente se han celebrado en otros países europeos y han tenido más o menos el mismo signo —y probablemente anunciadoras de un triunfo laborista cuando haya elecciones en Gran Bretaña—, es el de un regreso de la izquierda. Se habla de diversos factores psicológicos. Se habla de una cierta condición pendular de la opinión pública, que cada cierto número de años oscila de un grupo a otro, y ahora debe estar en la oscilación hacia la izquierda. Es una explicación que parece ingenua. Se habla también del cansancio del poder, de los excesivos años que lleva el conservadurismo rigiendo los destinos del mundo, y de cómo ese

conservadurismo ha impedido el paso a la verdadera dinámica de vida que han proporcionado el desarrollo, la ciencia, la técnica, y que es preciso el cambio para que durante un tiempo haya una «puesta al día», un nuevo reparto de la riqueza, unas modificaciones en las costumbres y los usos de los europeos, una institucionalización continental. Se dice también que es un movimiento histórico general como queda apuntado, simultáneo en todo el mundo con un cierto desarrollo: a la coexistencia de los bloques corresponde un desarrollo de la democracia que había quedado contenida por el esfuerzo de guerra fría. Todos estos factores pueden ser concomitantes. Puede haber también una decisión «desde arriba», llamando arriba a los grupos de capital que siguen dirigiendo al mundo de Occidente: el nuevo maquinismo hace menos necesaria la explotación de clases sociales inferiores, la necesidad de crear mercados de consumo requiere mayor libertad individual y, sobre todo, se ha perdido el miedo a las revoluciones del tercer mundo, al independentismo que fracasó: entonces, el mundo occidental puede seguir explotando por vías neocolonialistas a este tercer mundo, y pueden participar de la explotación hasta las clases sociales menos privilegiadas del mundo desarrollado... Por eso sería más dura la lucha de la izquierda en Chile y más fácil en Francia...

Explicaciones todas ellas con cierta coherencia. Que, naturalmente, aceptan escasamente las clases políticas implicadas en la cuestión, entendiendo por clases políticas no ya los grupos de presión, los grupos de capital y las fuerzas que en general imponen su voluntad en los países, sino los políticos profesionales que ejercen la labor cotidiana de gobierno administrativo. Aquellas fuerzas estarían más dispuestas, en sus sectores más modernos, a abrir las vías a la izquierda y contar con una opinión pública menos tensa y menos conflictiva, a cambio de mejores mercados, de mayor productividad. Las clases políticas conservadoras y los grupos de capital menos modernos tenderían a retrasar por lo menos este movimiento.

Esta es principalmente la importancia que tiene la fecha del 4 de marzo en Europa y en América del Sur. La idea de «cambio de era» es meramente nominal, porque las eras no cambian a saltos bruscos, sino en profundidad —los saltos bruscos son las consecuencias—, y en realidad la era ya ha cambiado. ■ E. H. T.

# LA OPCION FRANCESA

JUAN ALDEBARAN

**P**ARA cada escaño de la Asamblea Nacional francesa se presentan —por término medio— siete candidatos: sólo en la Francia metropolitana, al cerrarse el plazo de inscripción, había 3.140 candidatos para 473 escaños. Es la cifra más alta de los últimos años. La Asamblea, contando con los diputados elegidos en ultramar, tiene 490 puestos. Los candidatos representan algo más de una quincena de partidos, separados en cuatro grupos: la unión de la izquierda —comunistas, PSU, con otras formaciones de izquierda más pequeñas; Partido Socialista y radicales unidos

a ellos—, los reformadores —radicales de Servan-Schreiber, centristas de Lecanuet y formaciones menores— la derecha, que forma la mayoría actual de derecha —UDR, de Peyrefitte; Republicanos Independientes, de Giscard d'Estaing y Centro Democracia y Progreso, de Duhamel—; el cuarto grupo es muy reducido y lo forman los partidos de la extrema derecha. Los de la extrema izquierda no entran, generalmente, en las elecciones: no aceptan el sistema. Aparte de estos grupos pueden aparecer algunos candidatos individuales, independientes, sin ninguna remota posibilidad. Estos cuatro grupos electorales se reducen, finalmente, a





En algunos distritos de París se están instalando máquinas para votar. En la fotografía, un experto explica el funcionamiento de una de ellas, en la Alcaldía del distrito 14.

dos: la derecha y la izquierda —los reformistas, con un papel de balancín—. Como ha dicho el Presidente Pompidou en una entrevista de la televisión, no hay más que «la izquierda por una parte, y todos los demás por otra». Ha sido una fórmula sagaz: reducir al máximo esquematismo la situación y solicitar los votos de todos aquellos que se sientan contrarios al comunismo, equiparando el socialismo de Mitterrand y los otros partidos emparentados al comunismo. Al mismo tiempo, Pompidou ha precisado la crisis de la institución actual: no está dispuesto a presidir una República gobernada por la izquierda, será capaz de disolver la Asamblea y convocar nuevas elecciones y, en caso extremo, de presentar la dimisión. Es decir, que ha enfrentado al país con un posible caos. Es una vieja táctica.

Probablemente, esta táctica ha tenido alguna repercusión. Las encuestas de auscultación de la opinión pública, realizadas después de la intervención de Pompidou, muestran que el incesante aumento de la izquierda se ha paralizado. Sobre todo, a costa de los no comunistas. Esto parece indicar que los que optaban por partidos de izquierda no comunista han recibido el impacto del susto: algunos de ellos han creído que de todas formas su voto iba a favorecer a los comunistas. En la última sonda de que disponemos, el partido comunista dispone del 20 por 100, lo mismo que en la realizada diez días antes; el PSU, del 3 por 100 —un punto menos—, y el partido socialista y emparentados, del 20 por 100; dos

puntos menos. Estos tres puntos perdidos han ido a favorecer al centro —a los reformadores—, que tienen el 16 por 100, en lugar del 13 anterior. Y la mayoría ha ganado un punto: el 38 por 100, en lugar del 37. Se lo ha quitado a la extrema derecha, que baja de cuatro a 3 por 100. El movimiento es escaso. La unión de la izquierda sigue siendo la favorita: totaliza un 43 por 100, frente al 38 por 100 de la mayoría.

Se dice en Francia que de un francés se puede saber todo menos el dinero que tiene y a quién va a votar. Los sistemas de extrapoliación y las computadoras han violado esta última intimidad —y probablemente, también la primera—; sin embargo, no hay nada seguro ni claro hasta el momento de abrir las urnas. Todas las oficinas y organismos de opinión pública, todos los periódicos, han coincidido en esta elevación de la izquierda y en el grave riesgo en que se encuentra la mayoría. Hay, sin embargo, casos históricos de error en todos los cálculos (sin ir más lejos, las últimas elecciones en Gran Bretaña, con el inesperado triunfo conservador). Una gran parte de personas no deciden su voto hasta el último momento. Podría ocurrir que la distancia entre la mayoría y la izquierda disminuyese, pero, también podría ocurrir que la izquierda ganase muchos más escaños que los que ahora se le atribuyen. De todas formas, para gobernar debería conquistar, según algunos cálculos, más del 55 por 100 de los votos. Es una consecuencia de las antiguas manipulaciones del sistema electo-

ral, que desfavorece a la izquierda. Con los porcentajes antes citados se calcula ahora que la unión de la izquierda podría tener entre 210 y 230 diputados, la mayoría actual, de 220 a 240, y los reformadores, de 30 a 40. Quedarían éstos como árbitros. La frase de Pompidou de la lucha entre la izquierda y «todos los demás» es una suposición de que los centristas se inclinarían hacia la mayoría actual, para permitirle seguir gobernando. De todas maneras, esa mayoría ya no tendría el poder omnímodo de que dispone actualmente, con sus 360 escaños (Asamblea de 487). Todas sus fórmulas de gobierno tendrían que variar, y todos los riesgos de un cambio de alianza de los centristas les serían de una incomodidad atroz. Sobre todo porque, sabiéndose árbitros de la situación, exigirían mucho. La política de monolito instaurada por el general De Gaulle ha terminado prácticamente en esta fecha.

Existe otra posibilidad, otra alternativa: la de que los socialistas cambiasen de alianza. Podría también ocurrir que recibiesen muchos más votos de los que se piensan. La tentación de poder gobernar a cambio de abandonar al partido comunista sería fuerte. Se ha especulado mucho con ella. Los socialistas, exentos de comunismo; los reformadores y algunos tráfugas de la mayoría actual podrían formar una coalición considerada como moderada, o de centro-izquierda. Los socialistas actualmente niegan esta posibilidad. Pero no con mucha fuerza. El partido comunista volvería a quedarse aislado, unido quizá al pequeño PSU —que se muestra

mucho más revolucionario y mucho más duro que el partido comunista— y, sin embargo, resistiría la tentación de regresar al revolucionarismo. Si este juego de cambio de alianzas existe, se manifestará probablemente entre el primero y el segundo turnos, o quizá incluso después del segundo turno —de forma que los socialistas pudiesen aún beneficiarse de la alianza comunista antes de abandonarla—.

Aunque todos estos juegos y estas maniobras estén en el aire, su ámbito será posterior a las elecciones. Por el momento, los dos grupos en presencia prefieren mantener la imagen de la campaña electoral: derecha contra izquierda, o, como dice Pompidou —rehuendo la palabra derecha—, la izquierda «contra todos los demás». Este es el tono concreto de las elecciones y el que les da su aspecto de gran batalla, de gran novedad. Hasta ahora no había habido, desde hace muchos años, una verdadera opción electoral entre izquierda y derecha. La izquierda siempre se presentó como anticomunista —por efecto de la guerra fría—, y la derecha como centro —el MRP—, o como tecnocracia «por encima de los partidos» —el degolismo—. La inclusión del partido comunista en la unión de la izquierda, aun de un partido comunista moderado, es la que le ha dado este tono de gran enfrentamiento. Como consecuencia de esta imagen, la derecha basa su campaña electoral en crear una imagen temerosa de la izquierda, recordando el «golpe de Praga», advirtiendo que los comunistas, cuando ganan unas elecciones, no permiten nunca más otras, acudiendo a un balance negativo de los dos años de unidad popular en Chile y, naturalmente, apropiándose del «milagro francés», de la enorme elevación económica y de nivel de producción. La izquierda responde acusando de escándalos y de corrupción a la mayoría, explicando que el «milagro» se ha realizado «a pesar» de la mayoría y por efecto de la explotación del trabajo de todos, y dibujando una imagen propia muy lejana a la terrorífica que define su enemigo.

El pronóstico no se puede apurar más. Sobre todo, si se tiene en cuenta la existencia de los dos turnos, el del 4 y el 11, y las grandes variaciones que puede haber entre uno y otro. Cabe apuntar que la estabilidad y el conservadurismo psicológico de los franceses, su «status» en el mundo, su actual nivel de vida y una cierta profundidad de las instituciones históricas —aun con la superposición de las recientes—, no hacen esperar grandes cambios, sea cual sea el resultado (de entre los posibles) en la gran política francesa. Si hay que esperarlos y muy importantes en los de un regreso a las fórmulas democráticas más abiertas y en la fluidez de la vida, y ello también, sea cual sea el resultado de entre los posibles. ■